



## DESCRIPCION GEOGRÁFICA DE ESPAÑA.

### LECCION VIII.

Aun tenemos que ocuparnos en esta leccion del carácter de los españoles, segun ofrecimos en la anterior.

No obstante las diferencias condicionales de los hijos de las diferentes localidades de España; hay dos cualidades que son comunes á los de todas desde el principio histórico de la nacion.

Una es el valor, que jamas han desmentido, y que siempre les han reconocido todos los demas pueblos.

Otra es un funesto espíritu de division, que ha sido tambien de todos los tiempos, segun se prueba con sólo la lectura de su historia.

Por lo demas, las diferencias que se advierten entre los habitantes del suelo español, obedecen á condicio-

nes de clima, accidentes del terreno origen de la sangre y grados de cultura.

Por lo comun son más fuertes y altivos los montañeses; más ingeniosos y listos los playeros ó habitantes de las costas; más indolentes los ribereños de los grandes rios; más locuaces y levantiscos, aunque ménos perseverantes, los habitantes de las grandes ciudades.

Hé aquí ahora las distinciones más notables entre los naturales de las diferentes regiones de nuestro país.

El vascongado suele ser sencillo cuando su suerte no le ha hecho abandonar su solar en busca de aventuras, en cuyo caso se modifica mucho: es adherido como el que más á sus

costumbres, y muy celoso por conservarlas: buen soldado en sus montañas, no tanto, colectivamente; fuera de ellas.

El navarro participa un poco de las condiciones del anterior, aunque es más suspicaz, notándose no poca diferencia entre el navarro fronterizo de Aragon y Castilla y el de los grandes valles de territorio quebrado.

Son sufridos y perseverantes el asturiano y el gallego, trabajadores ambos, algo pleitistas, sobre todo el segundo, el cual, emigrando gustoso á países extraños en busca de la ganancia, sufre los efectos de la *nostalgia*, ó mal del país; es decir, un tan vehemente deseo de volver á él, que degenera en enfermedad. De ambos países, y más de Asturias, han salido hombres muy notables que han ilustrado á España.

El aragonés es tenaz, bravo, amante de las tradiciones de su tierra, benévolo, mostrando cierta rudeza y haciendo siempre extraño alarde de tenerla mayor.

El catalan es áspero de carácter, arrojado, industrioso y ostenta siempre cierto desden á lo que no es catalan.

El valenciano es voluble, alegre, ligero y agudo. Respecto á estos provincianos, existen diferencias entre las tres provincias que constituyen el antiguo reino; pero ésta es condicion de la mayor parte de las regiones peninsulares.

Es el andaluz espiritual, decidor, gracioso, ponderativo, un tanto ne-

gligente, lo cual se explica por la fecundidad de su suelo, y más valeroso individual que colectivamente. Ningun país ha dado á la patria española tan gran tributo de grandes hombres como la Andalucía. Entre los habitantes de estas provincias es en donde quedó más sangre árabe, porque tambien fué más larga en ellas la dominacion de los hijos de Ismael.

El murciano participa del carácter de los pueblos entre quienes está enclavado su territorio; pero buena gente y muy avisados, como poco conocidos y mal juzgados.

Atento y honrado es el extremeño, buen soldado, despuntando por ingenio y habiendo puesto muy alto su nombre en todas las grandes empresas de nuestros mejores siglos.

El castellano tiene algo de comun con éste, bien que siendo muy extenso el territorio de ambas Castillas, difieran bastante las condiciones de sus naturales. El castellano viejo reúne ventajas de carácter sobre el nuevo: el montañés de Santander parece un castellano especial; presume un poco de linajudo y hace grandes esfuerzos por mejorar su estado material, siendo por eso tan buscavidas.

Es el balear estimable sobre toda ponderacion, porque reúne prendas de carácter y de inteligencia que tal lo hacen: amable, hospitalario, animoso, excelente marino.

Várias de estas cualidades reúne tambien el canario, que no es tampoco bien conocido en la península.

En esta reseña no entran las clases que se llaman elevadas, casi fun-

didadas por todas partes en un mismo molde. Es el pueblo, y el pueblo es lo que constituye un país.

La población de España es de 18 millones de almas, sin contar las provincias de Ultramar, de que en otras lecciones nos ocuparemos.

SANGRE.—Los primitivos españoles eran en su mayor parte celtas é iberos. Luégo mezclaron con ellos su sangre griegos, israelitas y cartagi-

neses, no en gran cantidad, pero sí los romanos, que durante la conquista, que duró 200 años, y la tranquila posesion, que duró 400, se asimilaron al pueblo indígena, fundiéndose con él. Con los godos no hubo mucha mezcla; pero sí con los árabes y africanos del Norte, que aquí permanecieron 800 años.

M. M. CABALLERO DE RODAS.

## RETRATOS INFANTILES (1).

### XIV.

#### EL HOMBRECITO.

En cierta época, hallándome muy enfermo, pasé, por consejo del médico, dos años en un pueblo próximo á Madrid, donde recobré la salud, gracias á Dios. En un pueblo no hay las distracciones que en Madrid; no hay teatros ni cafés ni jardines del Retiro; no hay más recurso que cultivar la amistad de las buenas familias, teniendo mucho cuidado de evitar todo trato con la gentecilla chismosa, ruin y maldiciente, que es la gran calamidad de los pueblos pequeños.

Temiéndola yo mucho, hice escaso número de relaciones en el pueblo, bien que supongo que esto no me li-

braría de que me quitáran el pellejo los maldicientes, pero á lo ménos no tenía que oír cómo se lo quitaban á los demas, que era lo que me habria sucedido si hubiese tratado con gente semejante.

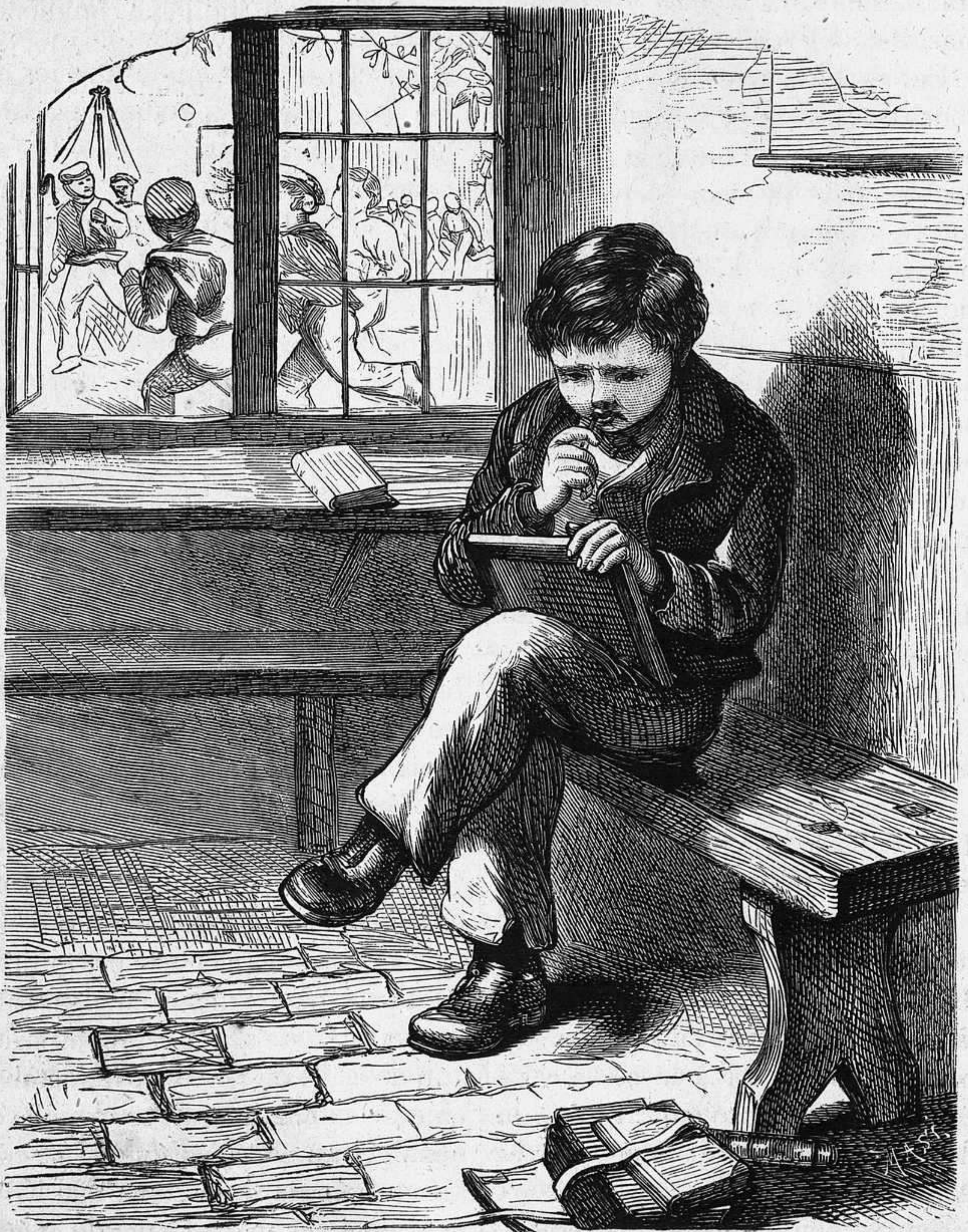
Una de las personas con quienes hice amistad era cierta pobre mujer á quien nadie hacia caso en el pueblo, porque la triste allí se estaba en su casa todo el dia de Dios y no le gustaban chismes ni cuentos, ni se cuidaba de nada del mundo más que de su nieto, un niño de doce años, que habia perdido á sus padres cuando apenas contaba cinco, quedando á cargo de su abuela. Esta pobre tenía una peseta diaria de pension, concedida por cierta noble familia, á la que en su

(1) Véanse los tomos anteriores.

juventud sirvió ,fidelísimamente, y con tan escasos recursos no dudó un momento en tomar bajo su amparo

al pobre huerfanito, segura de que Dios no la abandonaría.

Y en efecto, Dios ha recompensa-



Retratos infantiles.—El Hombrecito (Pág. 147).

do á la anciana dándole á cambio de los sacrificios que se ha impuesto

para educar al niño sin padres, la inmensa satisfaccion de que éste sea

digno de tan generosa proteccion, y alegría y honor de su hogar. No os podeis figurar, queridos lectores, un niño más juicioso que Ángel, éste era su nombre, ni más aplicado ni más discreto y sesudo.

Por él hice conocimiento con su abuelita; pasaba yo muchas veces por delante de la escuela á tiempo que los chicos salian, á la hora de comer, y siempre me llamaba la atencion, viendo por la ventana el interior de la escuela, un niño que hacia números y figuras geométricas en un pequeño encerado. Dios me perdone, pero al pronto no formé yo muy buen concepto del muchacho, pues supuse que allí se quedaba castigado mientras los otros se iban á comer. Y un discípulo á quien todos los dias habia necesidad de castigar, debia ser por extremo rebelde y contumaz.

Pero una tarde pregunté al maestro:

—Dígame V., D. Atilano, ¿qué diablos hace ese chico, que siempre le tiene V. castigado?

—¡Castigado! repitió el maestro con asombro. ¡Pues si es el mejor discípulo que tengo!..... Se queda en la escuela mientras los otros se van, porque tiene amor á la escuela y al estudio, y es avaro del tiempo, que de ninguna manera quiere perder. Ángel es mi orgullo, y le quiero como si fuera hijo mio. Ahí le tiene usted, componiendo y resolviendo los más intrincados problemas... En fin, yo le he enseñado todas las matemáticas que sé, y ahora sabe él muchas

más matemáticas que yo. No tengo duda de que ese muchacho ha de ser honra de su país; es ya un verdadero genio.

El bueno del maestro me presentó á Ángel, y me aficioné de tal modo al excelente niño, que todos los dias iba á su casa y pasaba agradables horas departiendo con él sobre sus estudios y admirando su gran ingenio, su recto criterio, áun en tan corta edad, su prudencia, y su profundo respeto á la pobre vieja que le habia servido de madre.

Hay niños que toman cierto aire de suficiencia, impropio de su edad, niños petulantes é impertinentes, que ya prometen ser insoportables por su vanidad cuando lleguen á mayor edad: Ángel no era de estos niños enfadosos que á nadie hacen gracia. Era un niño modesto, sencillo, bien educado, reflexivo, serio naturalmente, sin afectacion, de mirada penetrante y carácter melancólico, un *hombrecito*, como le llamaba su abuelita. Ángel, con su poderosa inteligencia, comprendió en temprana edad que su primer deber era recompensar á la pobre abuela por las grandes privaciones que se habia impuesto en su obsequio, y se dedicó, lleno de noble afan, á satisfacer cumplidamente esta grata obligacion. Y tan bien la ha cumplido, que hoy, diez años despues de aquella época, Ángel vive en Madrid, siendo tenedor de libros en una importantísima empresa industrial, y tiene á su abuelita consigo, á su abuelita, que goza todas las comodidades que nunca pu-

do soñar; tiene coche, criados, y una cantidad mensual que su nieto le da para que ella la reparta á los pobres.

El niño pobre, de familia humilde, á fuerza de trabajo y perseverancia ha llegado á ser un hombre bien acomodado y distinguido y respetado. Tal es el poder de una voluntad firme y de un corazon sensible á la gra-

titud y á todos los nobles y generosos afectos.

Cuando muera su abuelita, que ya es muy anciana, Angel se casará, eligiendo con su habitual prudencia y claro juicio una digna compañera, y será un excelente esposo y padre, honor de su casa y de su patria.

FRONTAURA.

## EL CREPÚSCULO.

Cuando entre ásperas montañas  
Al ocaso el sol descende  
Prestando azuladas tintas  
Á las lejanas vertientes,  
Y entre gasas misteriosas  
Velando el límpido ambiente;  
Mientras del manso rebaño  
Que á su pobre aprisco vuelve,  
Suenan allá la ronca esquila  
Entre la arboleda verde,  
Y gime la amante tórtola,  
Y susurra el aura leve,  
Y el arroyuelo murmura,  
Y el murciélago impaciente,  
En vertiginosos giros,  
Su vuelo indeciso tiende;  
¿Por qué el corazon suspira  
Como si un pesar sintiese,  
Y con ávida mirada  
Abarcar los ojos quieren  
Cuanto en triste lontananza  
La próxima noche envuelve?  
¿Por qué dos lágrimas surcan  
Las mejillas lentamente,  
Como dando testimonio  
De un pesar que las impele?...  
¿Por qué ha de ser? Porque el dia,

Que en ocaso se sumerge  
Entre gasas y arreboles,  
Nos da su adios para siempre.  
Que otros y otros nacerán  
Nebulosos ó esplendentes;  
Pero el instante que pasa  
Es instante que no vuelve,  
Y el dia que va al ocaso  
*Para siempre* se oscurece.  
Por eso el hombre que mira,  
En las lejanas vertientes,  
Pintado el adios postrero  
Del dia espirante, duelese;  
Y aquella luz que se acaba,  
Y aquel crepúsculo débil,  
Son para él un vaticinio,  
Son avisos de la muerte.  
Y ¡ay! los dias ya pasados,  
Los que en ocaso se pierden,  
Siempre fueron los mejores,  
Los más bellos fueron siempre.  
¡Bien haya la luz del sol,  
Que del pesar nos defiende,  
Y alas dando á la esperanza,  
Baña en rayos nuestra frente!  
Con *él* la vida es la vida;  
Sin *él* la vida es la muerte,

Que á su influjo poderoso  
El pensamiento se cierce,  
Y ve mejor la verdad  
Donde la verdad florece.

¡ Bien haya la augusta lumbre  
Que Dios *cada día* enciende!

1873.

PÉREZ DE LIÉBANA.

## EL ASNO DE ORO.

(CUENTO.)

Érase un gigante de una corpulencia y de una estatura tan desmesurada, que á pesar de que vivía entre una cordillera de altísimas montañas, llamadas las montañas de la Luna, cuando estaba en lo más profundo del valle, donde tenía su habitual residencia, no necesitaba más que empinarse un poco sobre las puntas de los piés y alargar el pescuezo para ver por encima de las cumbres más altas de la cordillera lo que pasaba del lado allá de las montañas, en unas fértiles llanuras que iban á terminar en la orilla del mar. Gigante como él no se vió en los tiempos pasados ni es fácil que vuelva á verse en los venideros.

Vivía, como digo, aislado entre aquellas agrestes y ásperas montañas, adonde planta humana no osó llegar nunca, pero era de condición tranquila y de temperamento pacífico, y ésta era la suerte de las comarcas vecinas; que si hubiera sido camorrista, iracundo y sanguinario, se habría hecho el tirano más insoportable, y en todos los países circun-

vecinos habría puesto la ley. Sican-dro, que así se llamaba el gigante, no quería, sin embargo, abusar de su fuerza ni hacerse odioso á la comarca; alejado de toda humana sociedad, vivía sosegadamente en medio de sus montañas, dedicado á apacentar ganado vacuno, del cual había reunido innumerables cabezas, y no lo hacía precisamente por distraerse, sino porque necesitaba de este recurso para alimentarse. Figúraos si necesitaria una buena ganadería, cuando acostumbraba á desayunarse con un par de vacas asadas, que eran para él lo mismo que para vosotros puede ser desayunarse con dos pajarillos fritos. Del tronco de un cedro gigantesco, que contaba setecientos años de vida, y que podría tener unos doscientos piés de altura, se había hecho, arrancándole de raíz, una maza, que en sus manos era un peso tan ligero como en las vuestras puede serlo una escopetilla de cañon de hojadelata, de esas que se venden en las ferias y se cargan con garbanzos crudos.

Sucedió, pues, que pasando años y años, el bueno de mi gigante llegó á cansarse de la vida sedentaria que hacia entre las montañas de la Luna, sin tener vecinos con quienes trabar

conversacion, y condenado á ver todos los dias los mismos sitios, y á no salir de su régimen alimenticio de un par de vacas asadas por la mañana, un guisado de media docena de



El Asno de oro (cuento) (Pág. 151).

terneras por la noche, y alguno que otro venado entre horas para entretener el hambre.

Resolvió, pues, hacer un viajecillo de recreo dando la vuelta al mundo para ver lo que pasaba allá en los pueblos civilizados. Y no fué más

pronto pensar lo que ponerlo en práctica. Salióse una mañana á gatas de la espaciosa gruta en que dormia, eligió una docena entre sus vacas más rollizas, arrancó, como quien arranca espárragos, una veintena de añosos pinos, hizo con ellos una



hoguera, asó sus vacas, las metió en una merendera, echóse al hombro su maza, y en cuatro zancadas se puso al otro lado de la cordillera y emprendió su caminata. Cuando llegó al mar no vayáis á creer que esperó á ver si pasaba algun navío de tres puentes para hacer la travesía, ni era posible que se hubiera encontrado buque capaz de resistir sin irse á fondo el peso de su humanidad. Me-

tióse en el insondable Océano con la misma naturalidad con que un campesino se mete en un arroyo para pasar al otro lado, y siguió su camino al traves del inmenso piélago. De este modo lo atravesó como si tal cosa, y os aseguro que el agua no llegó á mojarle las rodillas.

Cuando llegó á la opuesta playa se sacudió un par de ballenas que se le habian agarrado á los tobillos, las



El gigante Sicandro.

estrujó con el pié como quien despachurra un par de escarabajos, y continuó su viaje. Caminaba por un país delicioso, poblado de hermosas ciudades y pintorescas aldeas y villas; debia ser la Europa. El viaje le habia abierto el apetito, y quiso hacer alto para merendar. Echando una ojeada en torno suyo, buscó algun montecillo que le sirviera de asiento, como quien busca una piedra en que

sentarse al borde de un camino, y á cierta distancia vió una especie de colina que le pareció muy á propósito para su objeto. Dió Sicandro algunos pasos para llegar allí, y ya iba á sentarse cuando advirtió que la colina no estaba desierta, sino que por ella hormigueaban infinidad de hombres armados, que en la cima del monte tenian establecido su campamento, los cuales al verle empezaron

á replegarse asustados hácia sus tiendas de campaña. Y no léjos de allí, en otro repecho, descubrió á manera de otro ejército que tomaba posiciones y se disponia como para avanzar en órden de batalla.

Alzó entónces Sicandro la voz, y dirigiéndose á los del primer ejército les dijo que no tenían nada que temer de él, que era un gigante pacífico y honrado, enemigo de hacer daño á nadie, y que viajaba por aquellos países para distraerse. Con estas palabras se tranquilizaron los guerreros, y muchos de ellos le rodearon dándole la bienvenida.

—¿Quereis decirme, señores, les preguntó, qué haceis aquí con todos esos aprestos belicosos?

Tomando la palabra un hombre de edad madura, que segun las señales de respeto con que le atendian los demas, debía ser un jefe, le contestó:

—Señor, nosotros hemos salido á campaña á defender nuestros patrios hogares, y cuando llegasteis nos disponiamos á resistir la acometida de aquel ejército que descende ordenadamente por aquella otra colina, y que es el ejército enemigo que nos ha declarado guerra á muerte.

—¿Y no me diréis la causa que motiva esa guerra, y por qué vais á pelearos unos contra otros y á derramar quizá inútilmente vuestra sangre?

—Os lo diria al punto, contestó el guerrero, para que vierais la injusticia con que se nos quiere atropellar; pero las huestes enemigas avanzan, como veis, dispuestas á embestirnos, y ántes de nada nece-

sitamos proveer á nuestra defensa.

—No os dé cuidado, respondió Sicandro, que yo haré que se suspendan las hostilidades, y unos y otros podréis informarme del motivo de vuestro enojo para ver si hay medio de transigir vuestras diferencias y evitar que os destroceis en sanguinario combate.

Adelantóse Sicandro unos cuantos pasos, y dirigiendo su voz, que parecia la voz del trueno, á los del opuesto bando, les rogó que se detuvieran y que se adelantáran algunos jefes á manera de parlamentarios, porque, si era posible, trataba de evitar que los dos ejércitos llegáran á las manos, y si no, estaba resuelto á ponerse de parte de aquellos que tuvieran la razon, prestándoles la ayuda de su pesada maza.

Detuviéronse atemorizados los del segundo ejército, y despues de deliberar entre sí, adelantaron tres de los que parecian jefes, y llegaron á donde estaba Sicandro rodeado de los principales del bando opuesto.

—Ya que quereis oirnos y servir de árbitro en la contienda, dijeron los recién llegados, ahora veréis cómo somos nosotros los ofendidos y los ultrajados, y no podréis por menos de darnos la razon.

Sentóse Sicandro en el suelo, hizo que se sentáran los jefes de ambos ejércitos, y luégo dijo:

—Hablad pues, que ya os escucho, y exponga cada cual sus agravios. Hablad primero vos, añadió dirigiéndose al anciano que parecia jefe del primer bando beligerante.

— Procuraré ser breve y sucinto, señor, contestó aquél. Nosotros somos habitantes y vecinos de la noble ciudad de Benisia, que está sentada á la parte opuesta de esta colina, en las márgenes del caudaloso rio Magiris. Por un servicio especial que nuestra ciudad prestó al poderoso mago Muratosis, éste nos hizo el estimable presente de un asno de tan raras cualidades, que en lugar de fétido estiércol, siempre que tiene necesidad de hacer sus menesteres hace abundantes deposiciones de bolas de oro puro. Ya conoceréis si nuestra ciudad tendria en grande estimacion al precioso jumento. Le construimos en el palacio municipal un espacioso establo, y allí le conservábamossin obligarle á la más pequeña fatiga, cuidando de que siempre tuviera el pesebre bien provisto y de sacarle á pasear todos los dias, llevándole del ronzal los hombres de más categoría y respetabilidad. Cuando el asno queria hacer sus menesteres, que lo anunciaba con un gran rebuzno, acudian presurosos los vecinos á quienes tocaba estar de guardia, y uno tras otro iban pasando y recogiendo en sus sombreros ó en cajas que llevaban preparadas las preciosas deposiciones, que hacia en gran abundancia: en este servicio iban turnando todos los vecinos de la ciudad, de manera que se repartia equitativamente el provechoso producto de esta inapreciable bestia.

Esto llegó á hacerse público en toda la comarca, y diferentes pueblos, envidiosos de nuestra fortuna, trata-

ron de robarnos el asno; pero nosotros tomamos las convenientes precauciones; establecimos una numerosa guardia de honor que vigilára dia y noche para la seguridad de nuestro pollino, y así burlamos la malicia de todos los envidiosos.

Pero á pocas leguas de nuestra ciudad, y fronteriza con nuestro territorio, está Malusia, capital de un reino poderoso, cuyos naturales son aguerridos y de intencion aviesa. Esta ciudad es cuatro veces más populosa que la nuestra, y como no pudo alcanzar la posesion de nuestro pollino por medio de la astucia, aunque lo intentó várias veces, quiso valerse de la fuerza, fiada en la superioridad de los combatientes que podia poner en campaña, y presentes están sus jefes, que no me desmentirán.

— Ciertos, interrumpió uno de los del bando opuesto, cierto es que nos vimos obligados á declarar la guerra á nuestros estimados aliados los de Benisia; pero habia para ello razones muy poderosas, pues consta por declaracion jurada de testigos respetables que al asno en cuestion se le vió pastando en terreno jurisdiccional de Malusia ántes de que fuera llevado á Benisia, por donde aparece patente nuestro derecho.

— Eso no es verdad, señor gigante, contestó el de Benisia; esos testigos, si los hay, son unos falsarios.

— Nada de disputas, exclamó Sicandro; conclud la historia, y luégo queda tiempo para ventilar el pleito que traeis entre manos.

(Se concluirá.)

## LA HISTORIA DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

### XXI.

#### REYES DE ASTURIAS Y DE OVIEDO.

Si cupo á D. Pelayo la suerte de inaugurar la reconquista, arrebatando á los moros territorios, aldeas y ciudades, y cubriendo de gloria la modesta bandera de los montañeses que le acompañaban, en cambio su sucesor D. Favila hizo bien poco, pues fuese por impericia, fuese por conveniencia, no adelantó los límites del naciente reino de Asturias, dedicándose á la caza, en cuyo placer le despedazó un oso, en el segundo año de su reinado, habiéndose alejado demasiado de los que le acompañaban.

Eligieron entónces los demas caudillos á Alfonso I, llamado el *Católico*, por el afán que puso en reparar templos y ciudades, enalteciendo la religion cristiana, y sus vasallos estuvieron peleando á su lado casi sin cesar, con lo que lograron extender los dominios asturianos en gran manera, avanzando por un lado hasta los Pirineos aragoneses, y por otro hasta la tierra de Campos en Castilla la Vieja. Su hijo D. Fruela, que le sucedió en el trono, tambien embistió y derrotó á los árabes, edificó la ciudad de Oviedo, y hubiera dejado

grata memoria por sus conquistas, á no haberse al fin hecho odioso por el asesinato que mandó cometer en la persona de su amable y buen hermano Vimarán. Pero sabido es que quien á hierro mata á hierro muere, y del mismo modo pereció D. Fruela I, pues su primo Aurelio se puso al frente de una conjuracion, le dió de puñaladas y se apoderó del trono.

Seis años reinó el nuevo monarca sin guerrear con los mahometanos. Tuvo que ocuparse, no obstante, en sujetar una sublevacion de los esclavos y libertos dentro de su propio reino, y falleció sin dejar hijos, por lo cual se apoderó de la corona su pariente D. Silo. Contaba ya mucha edad este soberano montañés, y si bien los españoles de aquella época eran todos robustos y valientes, ya porque su vida estaba en continua pelea y en zozobra sin fin, ya porque las rudas costumbres de la reconquista no consentian la molicie de los tiempos modernos, es lo cierto que D. Silo no estaba bastante ágil para batallar cada dia, por lo que creyó oportuno elegir por sucesor á D. Alonso, hijo de D. Fruela, á quien verdaderamente debiera haber tocado la corona. A pesar de todo, los gallegos que se habian rebelado fueron vencidos por D. Silo en una ba-

talla, falleciendo despues aquel monarca.

No disfrutó tampoco de la corona D. Alonso, si puede llamarse disfrutar la desgracia grande de ser rey, pues apenas la habian ceñido sus sienes cuando su tio Mauregato se la arrebató, dando el triste ejemplo de confederarse con los moros para conseguir el trono asturiano. Don Alfonso tuvo que huir, y el usurpador reinó, aliándose con Abderraman, rey de Córdoba, que de esta manera no se vió incomodado por los cristianos, cuyo único afan debiera haber sido siempre la reconquista del país perdido. Falleció Mauregato el año 789.—De este reinado se cuenta una patraña, á la que ningun autor formal ha querido darle crédito. Nos

referimos á la fábula del tributo de las cien doncellas cristianas, segun unos, y trescientas segun otros, que se dice enviaba todos los años Mauregato al rey moro de Córdoba; pero como esta noticia aparece por primera vez en un autor que escribia más de cuatrocientos años despues del reinado de Mauregato, no tiene fundamento alguno para que se la dé el menor crédito.

Tampoco puede admitir una sana crítica que la córte de estos valerosos caudillos estuviese ya establecida en Oviedo, sino sólo en Cangas de Onís y en Pravia. Fué más adelante cuando se trasladó el solio de la soberanía á Oviedo.

JANÉR.

## LA CARIDAD MÁS MERITORIA.

Habia una Reina tan buena y tan sumisa y guiada por la enseñanza de Dios, que daba con su virtud y saber decoro al trono, y con su ejemplo una gran leccion á sus vasallos.

Estableció esta gran Reina un premio para aquel que en el año trascurrido hubiese hecho la mayor y más perfecta obra de caridad, conociendo que era ésta una gran enseñanza práctica, al alcance de todas las inteligencias.

Cuando llegó el plazo señalado por ella y estaba reunido un inmenso concurso, presidido por la Reina en su trono, se acercó uno, y dijo que habia labrado en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El corazon de la buena Reina se llenó de gozo al oir esto, y preguntó al benéfico sujeto si estaba el hospital concluido.

—Sí, señora, contestó el interrogado: sólo falta poner en el frontis-

picio la lápida con letras de oro, para que conste en qué fecha y por quién fué construido el edificio.

La Reina le dió gracias, y se presentó otro.

Éste dijo que habia costeado á sus expensas un cementerio en su pueblo, que de éste carecia.

Alegróse la virtuosa Reina de tan útil y caritativa obra, y le preguntó si estaba concluido, á lo que contestó el interrogado que sí, y que sólo faltaba concluir el hermoso enterramiento que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia.

Dióle gracias la Reina, y en seguida se presentó una señora, que dijo que habia recogido á una pobre niña huérfana que se moria de hambre y la habia criado, dándole lugar de hija, que no tenía.

—¿Y la tienes contigo? preguntó la Reina.

—Sí, señora, contestó la interrogada; es tan dispuesta, que cuida de las cosas de la casa, y me asiste á mí con esmero, por lo que la quiero tanto, que no consentiré que se case ni se separe de mí mientras Dios me dé vida.

Celebró mucho la Reina esta digna obra de caridad, y fué distraida por un tropel: las gentes abrían calle á un hermoso niño, el que arrastraba tras sí á una pobre anciana de miserable aspecto que hacia esfuerzos por desasirse de sus manos, y huir de aquel lugar tan concurrido.

—¿Qué quiere ese bello niño?..... preguntó la Reina, que no cerraba sus oídos, que eran más de madre

que de soberana, á ninguno que deseaba hablarla.

—Quiero, contestó el niño con mucha gravedad y dulzura, traer á vuestra majestad á la que ha merecido el santo premio que habeis instituido para la mayor y mejor obra de caridad.

—¿Y quién es?..... preguntó la Reina.

—Es esta pobre anciana, contestó el niño.

—Señora, dijo toda cortada y confusa la anciana; nada he hecho ni puedo hacer, porque soy una infeliz que vivo de la limosna.

—Y no obstante, has merecido el premio, dijo en tono suave, pero decidido, el niño.

—¿Pues qué ha hecho? preguntó la noble Reina, que ántes de todo queria ser justa.

—Me ha dado un pedazo de pan, respondió el niño.

—Ya veis, señora, exclamó apurada la anciana; ya veis, ¡un men-drugo de pan!

—Es verdad, repuso el niño, que no fué más que un pedazo de pan; pero estábamos solos, y fué el único pan que tenía.

La Reina alargó conmovida el premio á la caritativa pordiosera, y el niño, que era el niño Dios, se elevó á las alturas, bendiciendo á la gran virtuosa Reina, que daba premio á la caridad y á la buena y humilde anciana que lo habia merecido.

FERNAN CABALLERO.

## MÚSICOS CÉLEBRES.

## BELLINI.

Nació el simpático Bellini en Catania el día 3 de Noviembre de 1802, revelando desde luégo en sus primeras composiciones aquel corazón tan tierno, aquel sentimiento tan dulce, y aquella alma tan impresionable, que no le dejaron jamás en todas las manifestaciones musicales de su vida. Entre sus maestros se contaban los célebres Tritto y Zingarelli.

Apénas llegado á la edad adulta, publicaba Bellini quince sinfonías, tres misas y algunos salmos. A los veintidos años dió al teatro su ópera *Adelson y Salvina*.

Falleció prematuramente el día 23 de Setiembre de 1835, pero dejó al mundo obras tan famosas é imperecederas como *Il Pirata*, *I Capuleti e i Montechi*, *Giulietta e Romeo*, *Sonambula*, *Norma*, *Beatrice di Tenda* é *I Puritani*.

## DAVID.

Feliciano David nació en 8 de Marzo de 1810, en Cadenet, departamento de Vauclouse, en Francia. Fué discípulo de Cherubini, aprendiendo desde los cinco años en la escolanía de la iglesia de San Salvador en Aix los elementos de la música. Más adelante, despues de haber estudiado en París, compuso las célebres partituras *Atala*, *El Egipcio*, *El Beduino*, *El Día de difuntos*, *El ángel rebelde*, *El Desierto* y *La Perla del Brasil*.

## LISTZ.

Este prodigioso pianista nació el 22 de Octubre de 1811 en Bocding, poblacion de Hungría. Los primeros rudimentos de la música se los enseñó Czeruy; Beethoven dirigió sus estudios de piano, y Sahiri le instruyó en el arte de la composición. En París estudió el contrapunto con el afamado Cherubini, y si bien su carácter es muy melancólico y ha terminado por abrazar la carrera eclesiástica, sus melodías, sus fantasías y oberturas le han conquistado un brillantísimo puesto en el arte musical.

## FLOTTOW.

Federico Flottow fué hijo del baron de este nombre, y nació el 27 de Abril de 1812 en el pueblo alemán de Tentendorff. Su padre deseaba que siguiese la carrera diplomática; pero habiendo ido á París, quedó prendado de las glorias que se conquistaban en el mundo artístico, y prefirió estudiar composición con el célebre maestro Richa. No tardó en dar al teatro su primera ópera *Pedro y Catalina*, y de regreso á su país compuso *La Gran Duquesa*, *La Duquesa de Guisa*, *Monta* y *La Sombra*, así como gran número de tríos para piano, violin y violoncello.

(Se continuará.)



## EL TRABAJO Y LA FORTUNA.

Vivian en cierto pueblo  
 Un ignorante y un sabio,  
 Éste en la mayor penuria,  
 Y el otro con gran boato.  
 « ¡ Bien lo que vale tu ciencia  
 Se ve en tu precario estado,  
 Decia el rico ignorante  
 Al sabio. Con tu trabajo  
 Vives en mortal miseria,  
 Solo, enfermo y olvidado;  
 Pero yo con mi dinero,  
 Más feliz, sin saber tanto,  
 Vivo contento, dichoso,  
 Con salud y sin cuidados.

El dinero es lo que vale;  
 La ciencia no vale un cuarto.»  
 Un dia la guerra impía  
 Ardió en la comarca; el sabio  
 Y el ignorante perdieron  
 Sus recursos, y emigraron;  
 Y el rico, que no sabía  
 Más que gastar á destajo,  
 Murió hambriento y miserable,  
 Y el sabio en país lejano  
 Pudo vivir, aunque pobre,  
 Honrado, con su trabajo.

FRONTAURA.

## NUEVO COLEGIO.

Tenemos especial complacencia en recomendar á las madres de familia el nuevo colegio de señoritas que, á cargo de la ilustrada señorita doña Sofía Vicente Arche, se ha abierto en la calle del Prado, número 15, cuar-

to 4.º Las madres quedarán indudablemente complacidas en alto grado de la esmerada educacion que recibirán sus hijas confiadas al cuidado de la expresada señorita de Arche, hija del malogrado compositor de este apellido.